

De exiliados cubanos a cubanoamericanos: La narrativa de la “Generación del 1’5”

Iván RUBIO CUEVAS. Universidad de Oviedo

Pesimismo, derrotismo, frustración, indiferencia, escepticismo, desánimo e inadaptación. Mario Benedetti consideraba que éstas eran «las siete plagas del exilio» (1984, 51-52) y con ellas pretendía resumir las dolorosas consecuencias que este suceso provoca en quienes lo sufren. Abundan los testimonios de otros autores hispanoamericanos insistiendo en la despersonalización, en el problema lingüístico y en las dificultades que surgen a la hora de tratar literariamente el tema. Otros, sin embargo, prefieren centrarse en la posibilidad de hallar algún rasgo positivo en todo ello. Mempo Giardinelli insiste en el carácter doble del exilio, lugar donde se combinan las pérdidas y las ganancias, lo que le lleva a afirmar que «el exilio puede ser -y es- una suma, no una resta» (Giardinelli 1993, 163). Esta distinta actitud ante el hecho del exilio provocó la proliferación de encendidas polémicas. Y es que, las situaciones pueden ser muy matizables. Se intuye una diferencia fundamental entre el inmigrante y el exiliado. Graciela Scheines las explica a través de sus prefijos. En el inmigrante el entrar tiene más fuerza que el salir, el «exilio, en cambio, tiene toda la carga en el salir. El exiliado es quien sale de su país pero jamás entra del todo en el otro» (Scheines 1993, 278). Visto así parece muy fácil. Pero, ¿qué ocurre cuando el exiliado, después de veinte o treinta años sin poder volver a su país, se va arraigando en el de acogida?, ¿qué hacer cuando ve que sus hijos, ya bilingües, comienzan a olvidar los detalles de su país natal?, ¿cómo asumir que comienzan a perder hasta el idioma? En este caso, que es el de muchos cubanos en Estados Unidos, la diferencia ya no es tan clara y el proceso resulta más gradual. Un dato: en los años sesenta más del noventa por ciento de los cubanos regresaría a la isla si se produjese un cambio de régimen. De acuerdo con las encuestas, en 1979 el porcentaje había descendido hasta el veinticinco (García 1995). El popular dicho navideño de «el próximo año en La Habana» comenzaba a formar parte del recuerdo.

Sin embargo, aún había quienes seguían aferrados al pasado, a la esperanza de volver, al deseo de no «americanizarse». Ante todo pretendían permanecer en su *status* de exiliados políticos y no querían ni oír hablar de convertirse en ciudadanos norteamericanos. Perteneían al grupo de exiliados que formaron parte de las dos primeras oleadas que se establecieron en los Estados Unidos tras el triunfo de la Revolución. De acuerdo con el minucioso estudio realizado por María Cristina

García, entre 1959 y 1962 y en los denominados «vuelos de la libertad» desde 1965 a 1973, un total de 665.000 cubanos salieron de la isla. El perfil de estos exiliados estaba claramente definido. Eran mayoritariamente blancos, de clase media y anticastristas, lo que les hizo ser muy bien recibidos por la administración norteamericana que les facilitó importantes (y polémicas) ayudas económicas y les permitió convalidar sus titulaciones para poder ejercer en los Estados Unidos. En el terreno cultural comenzaron a proliferar las revistas y editoriales entre la que destacaba *Universal*, en Miami. La mayor parte de estos autores no tenía experiencia literaria, lo cual se percibe claramente en sus obras. Por lo general eran abogados, profesores o periodistas que, ante la nueva situación, sintieron la necesidad de denunciar y dar testimonio, lo que les formó una inmediata conciencia de grupo. María Cristina García lo entiende así al afirmar que la «mayoría de estas novelas son más valiosas como documento sociopolítico que como literatura» (1995, 171). Una rápida lectura de los títulos de alguna de sus novelas o colección de relatos puede ofrecernos una idea muy aproximada del tono de su narrativa: *Rojo y negro: cuentos sobre la tragedia cubana* (Rivero Collado 1964), *Los desposeídos* (Gómez Kemp 1972), *Sentado sobre una maleta* (Rosado 1977) o *El cielo será nuestro* (Cobo Sausa 1965). Seymour Menton considera que sus constantes temáticas son el anticomunismo, el anticastrismo, las críticas a que se anteponga la lealtad del estado a la familia y un evidente clasismo muchas veces acompañado de un racismo latente (1978). El elemento dicotómico está aquí muy presente y se manifiesta la esperanza de que el episodio revolucionario sea fugaz. Se pone el acento en lo doloroso, desgarrador e injusto que supone el hecho del exilio. Dentro de este grupo no incluimos a los autores que ya tenían una trayectoria literaria dentro de la isla y que también salieron de Cuba en los primeros años. Narradores como Sarduy o Cabrera Infante actualizaron de forma más matizada el tema del exilio y no tuvieron contacto con estos sectores radicalizados que se establecieron fundamentalmente en el sur de Florida.

Paralelamente a este grupo anclado en el recuerdo de un pasado cada vez más maravilloso y mitificado, comienza a cobrar fuerza una nueva generación de cubanos que, habiendo salido de la isla siendo jóvenes o incluso niños, prestan mayor atención a su realidad inmediata, a la difícil adaptación y al abismo que se comienza a formar con respecto a la generación anterior. Después de veinte años en los Estados Unidos (años, por otra parte decisivos ya que corresponden a su crecimiento, educación y entrada en el sistema laboral) ya no tienen tan clara su cubanidad, aunque tampoco se ven totalmente integrados en la sociedad norteamericana. Nicolás Kanellos considera que es la obra literaria de Celedonio Fernández la que en los años setenta, por primera vez «nos presenta a cubanos que no se ven a sí mismos como americanos pero que son conscientes que Cuba ya no les pertenece»¹ (1989, xvi). Pérez Firmat nos ofrece un testimonio de ese proceso en el que descubre su vacilante situación:

¹ «presents us with Cubans who do not see themselves as Americans but who are also conscious that Cuba is no longer theirs»

me preocupa pensar que algún día al regresar (¿a dónde?) me de cuenta que lo que siento como nostalgia es tan sólo curiosidad. Y que me encuentre, entonces, con que lo mío no existe, con que lo propio es lo otro y (por lo tanto) con que yo no soy más (pero tampoco menos) que el espacio marcado por el guión entre Cuban y American (1987, 125)

Ese momento en el que se acepta la pérdida de la patria y la imposibilidad de un regreso real es un acto solitario y doloroso. Una de las constantes es, como señala Elías Miguel Muñoz, el lamento por la difuminación del recuerdo. El refugio de la memoria resulta cada vez menos efectivo:

La isla, por muy presente y perenne, está siempre en proceso de borrarse. Presente en su ausencia y su silencio. Al final, los signos de esa isla del recuerdo se hacen inservibles, como la palabra que nombra al pasado: palabra-eco y palabra-pérdida, porque no resisten la arremetida del olvido (Muñoz 1988, 24)

La lírica nos proporciona ejemplos de esa constatación. Así Pío E. Serrano escribía en 1981:

Silencioso recuento mis inútiles signos, y aguardo
Sigiloso, mientras, el olvido
Imperceptiblemente desfigura tus líquidas fronteras (40)

y Lourdes Casal, en el mismo año:

Que se me amarillea y se me gasta
perfil de mi ciudad, siempre agitándose
en la memoria y sin embargo
siempre perdiendo bordes y letreros (49)

Se establece entonces una búsqueda en la que no se tiene muy claro qué es exactamente lo que se persigue. Lo que sí se asume es que no es ni una Cuba prefigurada en un recuerdo lejano o alimentada por las ensoñaciones patrióticas y exageradas de sus padres, ni unos Estados Unidos donde no se ven arraigados ni tan siquiera totalmente integrados. El espacio de la búsqueda se centra entonces en el intersticio de ambas realidades, lo que dio origen a la conocida imagen de Pérez Firmat de «vivir en el guión» desarrollada en su estudio sobre la «generación del 15» (o «del uno y medio»). Esta denominación había sido creada por el sociólogo Rubén Rumbaut referida al sector de población que llegó a los Estados Unidos en edad infantil y que a la complejidad de la adolescencia han debido añadir la dificultad que supone la tarea de pasar de un entorno sociocultural a otro. Pérez Firmat ofrece como ejemplo su propia situación familiar para delimitar la relación de su generación con las que le rodean (la del 1 y la del 2):

Mis padres, que ya han cumplido los setenta, no tienen otra elección que ser cubanos. No importa cuántos años hayan residido fuera de la isla [...] son tan cubanos hoy como cuando tomaron el ferry en octubre de 1960. Mis hijos, que han nacido en este país de padres cubanos y a los que he tratado de inculcarles algo de *cubanía*, son totalmente americanos.² (1994, 5)

Como vemos, la «generación del uno y medio» ocupa un complejo lugar donde su biculturalismo les ocasiona frecuentes dislocaciones en su identidad. En el prólogo a su estudio, Pérez Firmat describe la evolución que se ha producido en la comunidad cubana de los Estados Unidos desde su situación inicial de exiliados políticos a la actual de cubano(-)americanos. La primera fase, desarrollada fundamentalmente durante los años sesenta, y a la que corresponde la narrativa nostálgica anteriormente citada, es la denominada *etapa sustitutiva*. El pensamiento generalizado puede resumirse en la frase «(aún) estamos allí»³ (Pérez Firmat 1994, 8) y el principal empeño se centra en la reproducción de la imaginería cubana dentro del nuevo ámbito. Se crean así las «pequeñas Habanas» repartidas a lo largo del sur de Florida entre la que destaca la Calle Ocho de Miami. Esta fase no es siempre superada y aún hoy es posible encontrar a representantes de «la Cuba de ayer», pero lo habitual es que se comience a asumir que el decorado, por muy preciso que pueda llegar a ser, no logra ocultar el hecho de que ya no se está en Cuba y, lo que es peor, que es posible que nunca se vuelva allí. Cuando se hace evidente la falsedad e inautenticidad de la copia se produce la *etapa destitutiva*. La frase representativa sería: «no estamos en ningún sitio»⁴ (Pérez Firmat 1994, 10). La lírica de los setenta y de los primeros ochenta nos proporciona, como hemos visto, ejemplos de esa desorientación. La aceptación del nuevo lugar y de la nueva situación se produce a través de la *etapa institutiva*. El «ningún sitio» anterior (*nowhere*) se separa en *now* (ahora) y *here* (aquí) referido al enclave cubanoamericano a partir de los años ochenta. La nostalgia no desaparece pero estos autores llegan a convertirse en lo que Eliana Rivero llama «participante[s] a tiempo parcial –como mucho– del discurso de la nostalgia cubana»⁵ (Rivero 1990, 169). Lourdes Casal sería la autora que, según Rivero, manifestaría de forma más temprana esa actitud de «vivir en el guión» en poemas como «Para Ana Veltford»:

Nueva York es mi casa
soy ferozmente leal a esta adquirida patria chica.

² «My parents, who are now in their early seventies, have no choice but to be Cuban. No matter how many years they have resided away from the island [...] they are as Cuban today as they were when they got off the ferry in October 1960. My children, who were born in this country of Cuban parents and in whom I have tried to inculcate some sort of *cubanía*, are American through and through»

³ «we are (still) there»

⁴ «we are nowhere»

⁵ «part time practitioner –if at all– of the Cuban nostalgia discourse»

Por Nueva York soy extranjera ya en cualquier parte
[...]Pero Nueva York no fue la ciudad de mi infancia,
no fue aquí que adquirí las primeras certidumbres
[...] Cargo esta marginalidad inmune a todos los retornos
demasiado habanera para ser neoyorkina
demasiado neoyorkina para ser
-aun volver a ser-
cualquier cosa. (1976, 52)

La «generación del uno y medio» es consciente de que forma parte de una tercera realidad que se aleja de las posiciones esencialistas, de las fronteras prefijadas y de las actitudes fundamentalistas y dicotómicas. No es de extrañar, por lo tanto, que rechacen conceptos como los de *identidad nacional* situándose así en las corrientes diseminadoras de la postmodernidad. Esto choca frontalmente con la defensa de una cubanidad muy definida sostenida por sectores oficialistas de La Habana (y Miami). Un ejemplo de esta actitud (de los muchos que podemos encontrar en publicaciones como *La Gaceta de Cuba* o *Casa de las Américas*) nos lo proporciona Ambrosio Fornet. Combinando nociones como «identidad» y «patriotismo» junto con evidentes elementos de confrontación nacional, Fornet rechaza las pretensiones desterritorializadoras con estos argumentos:

En el más viejo mandato de la cultura occidental, formulado a través de un oráculo («¡Sé quien eres! ¡Atrévete a ser quien eres!») se enlazaban estrechamente las nociones de audacia y autenticidad. Creo que la categoría de «identidad cultural» conserva aún el carácter desafiante de esa exigencia primigenia. De hecho, las estrategias de la identidad siempre han surgido en el interior de culturas que se sienten amenazadas por el predominio del más fuerte [...] y por un discurso hostil o ajeno a los intereses nacionales. [...] ser cubano es, entre otras cosas, la forma más radical de no ser norteamericano que se haya por estas tierras» (1996, 16)

Evidentemente, discursos como estos parecen negar la posibilidad de que exista lo cubanoamericano. La «acusación» más habitual es la de considerarlos fuera de la cubanidad oficial y su inmediato y obligado ingreso en lo gringo, yanky, yuma o como le quieran llamar. Así, Julio Rodríguez-Luis considera que estos autores ya han pasado esa frontera sin retorno y que por lo tanto «son obras escritas desde la perspectiva de la sociedad estadounidense; sus protagonistas o sus narradores son ya norteamericanos en su visión del mundo y actitudes esenciales, y los problemas que los preocupan son puramente individuales» (1993, 43). Ante ellos, la oficialidad prosigue con su tarea de defender la pureza de la cubanidad. Antonio Vera-León la describe así:

Cierta zona del pensamiento contemporáneo cubano que discurre sobre la nación, la cultura y sus sujetos, presupone una noción totalizante de la cul-

tura, y a ésta como un interior claramente desmarcada de sus otros, ilegítimos y exteriores. Dentro de esa lógica, el «interior» figura como el único campo de identidad forjador y legitimador de sujetos o instancias con capacidad de agencia. Se trata un discurso de «lo cubano» que en estos momentos ejerce una línea dura por la que se fijan inclusiones y exclusiones, «purezas» e «impurezas». (1996, 88).

Lo que se desprende de todo esto es una actitud que sigue entendiendo la cultura encerrada en fronteras muy claramente delimitadas frente a un concepto basado en el *borderland*, o espacio fronterizo que ya no es una línea sino una zona borrosa, difusa, de intercambio y de impureza. Lo cual tiene aún más sentido al referirse a una Cuba donde la idea de pureza de orígenes históricos y étnicos resulta una entelequia. Sin embargo, el discurso unificador aún cuenta con influyentes defensores desde los sectores oficialistas. Rafael Rojas estudia cómo se plantea la historia nacional cubana para que se extienda la idea de que todo lo anterior se encamina mesiánica y teleológicamente al estado actual en el que la Revolución debe estar en permanente alerta ante la amenaza de sus enemigos externos e internos: «El tiempo de toda Revolución, como decía Hannah Arendt, es siempre imaginado como una guerra interminable, como un combate perpetuo» (1998, 41). Pero el esencialismo cubano no es exclusivo de la oficialidad de la isla. Desde Miami se erigen fundaciones, grupos y colectivos que exigen la exclusiva de la cubanía ante la creciente «americanización». Sus portavoces atacan los procesos diseminadores con una vehemencia similar a la empleada por sus reconocidos adversarios. Uno de los principales estudiosos de los procesos de diseminación de lo cubano, Iván de la Nuez, señala la similitud entre el discurso esencialista de La Habana y del Miami más tradicional ya que ambos «tienen –discurso ideológico aparte– una misma manera de entender la «cubanidad» y de armar su epistemología [...] Ambos tienen la llave maestra para excluir, censurar, expulsar de la Nación» (1998, 32).

La «generación del uno y medio» trata de mantenerse alejada de estos discursos encaminados a salvaguardar la integridad de lo nacional. Su propuesta es la de plantear un debate público que, bajo esta idea diseminadora y contraria al esencialismo, ponga en contacto a las generaciones más jóvenes de ambas orillas. En este esfuerzo deberíamos incluir propuestas como las de «Puentes a Cuba» de Ruth Behar (1995) o la «Tercera Opción», un grupo de intelectuales que, durante algún tiempo, intentaron promover este diálogo desde Cuba. De lo que se trata es de desarticular un discurso muy matizable a nivel teórico pero que aún lo es más si atendemos a la realidad sociohistórica y cultural. Y es que el Caribe, como ha planteado minuciosamente Antonio Benítez Rojo, es un ámbito en el que lo geográfico tiene muy poco que hacer: «Preservar en el intento de remitir la cultura del Caribe a la geografía [...] es un proyecto extenuante y apenas productivo» (1998, 40). Los que pretenden hacer de la cultura cubana un ente definido en el que sea posible discernir lo que está dentro y lo que cae fuera se encuentran con la contradicción fundamental de la propia heterogeneidad caribeña. Pero es que, además, la realidad de la diáspora se resiste a ser olvidada:

Cuba es hoy uno de los países con mayor proporción de exiliados –entre el 15 y el 20 % de la población– y, también, con mayor proporción de artistas e intelectuales en el destierro. Esto ha inducido a algunos a afrontar la cultura cubana como una gran zona de *palimpsestos* [...] cuyos territorios abarcan Manhattan y París, Miami o Caracas, entreverándolos y sobreponiendo unos con otros. De modo que, digan lo que digan los defensores paleoculturales que subordinan la cultura cubana a aquélla que se produce exclusivamente en la isla, los cubanos en los últimos cuarenta años han cancelado el contrato entre cultura nacional –sea esto lo que sea– y territorio. Se ha perdido el centro. (De la Nuez 1998, 28)

Lo que se está produciendo es algo más que la pérdida de unas coordenadas geográficas o culturales. Existen en todos estos movimientos diseminadores un acusado componente de autocuestionamiento con respecto a la identidad individual y como grupo: «los críticos postcoloniales (postmodernos) han subrayado la cuestión del sujeto y especialmente la imposibilidad de pensar en un sujeto autónomo activo»⁶ (Castro-Klarén 1995, 49). Una vez que el discurso de identidad nacional ha quedado desmantelado es fácil caer, como otros colectivos, en sustitutos de menor alcance basados esta vez en criterios étnicos, genéricos o de orientación sexual. Incluso es frecuente, y está además de moda, una combinación de las anteriores (podríamos citar los casos de Gloria Anzaldúa o Ana Castillo). Encontramos así a cubanoamericanos que enarbolan esta nueva identidad con un esencialismo tal que su discurso comparte la grandilocuencia de las políticas oficiales. Este fenómeno es advertido por críticos como Amaryll Chanady al referir al «precario equilibrio entre la deslegitimación postmoderna de discursos y valores en general y el deseo de autoafirmación»⁷ (1994, xli).

De todos modos, esto es más frecuente en otros colectivos como los chicanos o los *nuyoricans* en los que la diferencia generacional no parece tan acusada como en los cubanoamericanos y en los que el calibanismo y el tercermundismo aún despiertan adhesiones. El discurso teórico de los «uno y medio» (en el que incluimos a Román de la Campa, Antonio Vera León o Iván de la Nuez) suele adoptar una posición en la que sus propuestas emancipadoras no vuelven a plantear fundamentos fundacionales nostálgicos de las certidumbres de la modernidad. Es por ello por lo que se acogen a conceptos como el de *disemNación*, juego de palabras creado por Homi Bhabha (1990) con el que pretende separar lo que él llama la identidad pedagógica, basada en los orígenes históricos, de la performativa, en la que intervienen otros factores menos positivistas y en el que se tiene en cuenta la conti-

⁶ «Post-(Modern) Colonial critics have highlighted the question of the subject and especially the impossibility of thinking an autonomous subject of agency»

⁷ «The precarious balance between the postmodern legitimation of discourses and values in general and the desire for self-affirmation»

nua elección personal. También se manejan términos como el de «geografía de baja intensidad», de Iván de la Nuez, o el de las «construcciones imaginarias», de un Walter Mignolo que, insistiendo en el componente performativo, distingue «identidad» de «identificación» (1995). Lo que se busca es, en palabras de Radhakrishnan, superar la «generalizada hegemonía de la Identidad»⁸ (1987, 211). Así, la redirección del enfoque moderno-nacionalista tratará de evitar el fundamentalismo, la reducción estructuralista y los criterios de pureza. Este enfoque permitiría contemplar «la diáspora como una forma efectiva de diseminar la legitimación de la forma nacionalista en sí misma»⁹ (Radhakrishnan 1993, 757).

Desde el discurso literario, estos autores emplean diversos recursos para desmantelar esas grandilocuentes actitudes pero es la parodia la que muestra una mayor difusión y efectividad. Dolores Prida fue una de las primeras que, desde el teatro, desarrolló el tema de las presuntas riquezas que se dejaron al salir de la isla. En Miami se dice que si se suman todos los acres de las fincas y de las plantaciones que afirman haber perdido con la Revolución, Cuba sería mayor que la antigua Unión Soviética. En la obra más conocida de Dolores Prida, *Beautiful Señoritas*, vemos como la reina de belleza de la comunidad cubana de Miami canta:

CUANDO SALÍ DE CUBA
DEJÉ MI CASA, DEJÉ MI AVIÓN
CUANDO SALÍ DE CUBA
DEJÉ ENTERRADO MEDIO MILLÓN
(1991, 25)

Con el exilio, muchos cubanos perdieron más de lo que tenían. La situación se generalizó tanto que llegó a crearse una nueva y ficticia clase alta despojada. En la misma obra, Miss Little Havana se presenta como «Fina de la Garza del Vedado y Miramar. From the best families of the Cuba de Ayer» (Prida 1991, 25). Estos autores rechazan los delirios de grandeza perdida y huyen de esa imagen de una Cuba ensoñada repleta de riquezas, lujo y felicidad donde no había ni enfermedades. Omar Torres en *Fallen angels sing* (1991) nos muestra a un personaje que trata de convencer a su interlocutor de que el cáncer es una dolencia norteamericana desconocida en Cuba. Roberto G. Fernández hace de este tema uno de los móviles fundamentales de su narrativa. En *Raining backwards*, Mirta se erige como la memoria viva de esa Cuba que quedó atrás. Así cuenta a los más jóvenes cómo era la isla antes de que llegaran los comunistas: «En todas las playas de Cuba la arena estaba hecha de limaduras de plata, aunque en Varadero estaba mezclada con polvo de

⁸ «general hegemony of Identity»

⁹ «diaspora as an effective way of disseminating the legitimacy of the nationalist form itself»

¹⁰ «In all the beaches in Cuba the sand was made out of grated silver, though in Varadero it was also mixed with diamond dust»

diamantes»¹⁰ (1988, 12-13). Otra protagonista evoca su casa familiar: «Teníamos una preciosa mansión en la playa de Varadero y cientos de criados. Incluso aún hoy recuerdo cómo los criados subían al volcán nevado de al lado y recogían hielo para la limonada que mi madre tomaba por las tardes»¹¹ (Fernández, 1988, 36). También se parodia la actividad política de los cubanos en Estados Unidos. Un chiste de Miami dice que si se juntan dos cubanos en una habitación a hablar de política, en menos de una hora surgen tres asociaciones. En *La montaña rusa* Roberto Fernández habla de la C.A.A.F.D.P.C.P.M.P.B, la «Alianza Cubano Americana Pro la Libertad y la Democracia, la Prevención del Comunismo y la Preservación de los Principios Morales y Biculturalismo» (1985, 80). También aparece un guerrillero de fin de semana que cada sábado se asoma a su casa de Miami para, según dice, lanzar granadas al Palacio Presidencial de La Habana. De todos modos, la realidad vuelve a superar a la ficción y podemos recordar al respecto la detención de un peligroso comando que, procedente de Florida, se había infiltrado en un pueblo del interior de Cuba e intentaba levantar en armas a la población. Al ampliar la noticia también descendió la alarma social: el comando estaba formado por tres hombres y la edad media se acercaba a los setenta años. El problema de la lengua también es desmitificado. Ante la preocupación de unos por la impureza del *spanglish* y la de otros por la «invasión» de los hispanos, estos autores asumen su bilingüismo de forma menos traumática. Roberto G. Fernández suele burlarse de las pretensiones monolingües afrontando el tema de forma hiperbólica. Por ejemplo, en *Raining backwards* reproduce el boletín de noticias de una emisora de radio en cuya sección de deportes se informa que un jugador de beisbol japonés ha sido hospitalizado tras haber sido presentado en Miami por su nuevo equipo. Todo parece indicar, según se dice, que ha sufrido un ataque de diglosia. Sus dolencias se manifestaron cuando le preguntaron qué palabras había aprendido tras sus dos primeros días en los Estados Unidos y él contestó, con acento cubano, «Muy bien , gracias». Un anuncio oficial informa en el mismo medio que: «Hablar en otra lengua, especialmente en español, es una forma de diglosia, una enfermedad degenerativa del habla centrada en el cerebro»¹².

Como vemos, la «generación del uno y medio» muestra distintas reacciones ante lo que otros consideran problemas básicos y de solución urgente y drástica. Mientras la generación anterior permanece en su situación de exiliados políticos con una visión dicotómica de la realidad político-social y refugiados en un recuerdo cada vez más ficticio, los autores aquí tratados se centran en el proceso de adaptación a un medio que ya no les es tan ajeno y que terminará por ser más cercano

¹⁰ «We also had a beautiful mansion in Varadero Beach and hundreds of servants. I even remember to this day how the servants climbed the nearby snow covered volcano to gather ice for my mom's afternoon lemonade»

¹² «Speaking in any other tongue, and specially in Spanish, is a form of diglosia, a degenerative disease of speech centered in the brain»

(y más palpable) que el de la isla que dejaron atrás. Dentro del término referido a los cubano(-)americanos, sus padres se aferrarán a la parte cubana, ellos se columpiarán en el guión y sus hijos se deslizarán hacia la segunda parte del binomio. De todos modos, la influencia ejercida por los cubanos en el sur de Florida hace que esta «generación del 2» se encuentre con una América menos (norte)americana que la que hallaron sus abuelos. Volvamos a los datos: refiriéndonos al condado de Dade (área metropolitana de Miami), en 1990 residían un millón de latinos, lo que supone un cuarenta y nueve por ciento del total. Por otra parte, la población de norteamericanos blancos, que en 1950 alcanzaba el ochenta y cinco por ciento, hoy escasamente supera el treinta (Grenier / Stepick 1992, 5). El bilingüismo es casi imprescindible para el éxito comercial y económico dentro del enclave y los medios de comunicación siguen aumentando sus ediciones y canales en Español. Mientras, en Cuba, los más jóvenes construyen antenas caseras (ilegales, por cierto) para captar las emisoras musicales de Miami y celebraron tan ruidosamente como allá la victoria de los Florida Marlins liderados por el cubano Liván Hernández en la pasada liga de beisbol americana.

Parece que el guión se ha extendido hacia ambos lados, difuminando las nostalgias nacionalistas de cualquier procedencia. La modernidad esencialista se ve así completamente desmantelada ante la nueva situación diseminadora.

Referencias bibliográficas

- Behar, Ruth, ed. 1995. *Bridges to Cuba / Puentes a Cuba*. Ann Arbor, University of Michigan Press.
- Benedetti, Mario. 1984. «Sudacas del mundo, uníos», en M. Benedetti, *El desexilio y otras conjeturas*. Madrid, Ediciones El País, pp. 51-53.
- Benítez Rojo, Antonio. 1998. *La isla que se repite*. Barcelona, Casiopea.
- Bhabha, Homi. 1990. «DissemiNation: time, narrative, and the margins of the modern nation», en H. Bhabha, *Nation and narration*. Londres / Nueva York, Routledge.
- Casal, Lourdes. 1976. «Para Ana Veltford», *Areíto*, 3:1 (summer).
- 1981. «La Habana 1968», en L. Casal, *Palabras juntan Revolución*. La Habana, Casa de las Américas.
- Castro-Klarén, Sara. 1995. «Writing sub-alterity: Guamán Poma and Garcilaso, Inca», en F. de Toro / A. de Toro, eds., *Borders and margins. Post-Colonialism and Post-Modernism*. Frankfurt, Vervuert, pp. 45-60.
- Chanady, Amaryll. 1994. «Latin American imagined communities and the postmodern challenge», en A. Chanady, ed., *Latin American identity and construction of difference*. Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. ix-xlvi.
- Cobo Sausa, Manuel. 1965. *El cielo será nuestro*. Medellín, Granamérica.
- De la Nuez, Iván. 1998. *La balsa perpetua. (Soledades y conexiones de la cultura cubana)*. Barcelona, Casiopea.
- Fernández, Roberto G. 1985. *La montaña rusa*. Houston, Arte Público Press.
- 1988. *Raining backwards*. Houston, Arte Público Press.
- Fornet, Ambrosio. 1996. «El (otro) discurso de la identidad», *La Gaceta de Cuba*, 34:5 (septiembre-octubre 1996), p. 16.
- García, María Cristina. 1995. *Havana USA (Cuban exiles and Cuban Americans in South Florida. 1959-1994)*. Berkeley, University of California Press.

Giardinelli, Mempo. 1990. «La literatura argentina y la experimentación del exilio», en K. Kohut, ed., *Un universo cargado de violencia. Presentación, aproximación y documentación de la obra de Mempo Giardinelli*. Frankfurt, Vervuert, pp. 163-170.

Gómez Kemp, Ramiro. 1972. *Los desposeídos*. Miami, Universal.

Greiner, Guillermo J. / Stepick, Alex, eds. 1992. *Miami Now! Immigration, ethnicity and social change*. Gainesville, University Press of Florida.

Kanellos, Nikolas, ed. 1987. *Biographical Dictionary of Hispanic Literature in the United States (The Literature of Puerto Ricans, Cuban Americans, and other Hispanic writers)*. Nueva York, Greenwood.

Martini, Juan Carlos. 1993. «Exilio y ficción: una escritura en crisis», en K. Kohut / A. Pagni, eds., *op. cit.*, pp. 141-146.

Menton, Seymour. 1978. *La narrativa de la Revolución Cubana*, Madrid, Playor.

Mignolo, Walter D. 1995. «Afterword: human understanding and (Latin)American interests -the politics and sensibilities of geocultural locations», *Poetics Today*, 16:1 (Spring), pp. 172-214.

Muñoz, Elías Miguel. 1988. *Desde esta orilla: poesía cubana del exilio*. Madrid, Betania.

Pérez Firmat, Gustavo. 1987. «Triple Crown», *Bilingual Review*.

— 1994. *Life on the hyphen. The Cuban-American way*. Austin, University of Texas Press.

Prida, Dolores. 1991. *Beautiful señoritas & other plays*. Houston, Arte Público Press.

Radhakrishnan, R. 1987. «Ethnic identity and post-structuralist difference», *Cultural Critique*, 6.

— 1993. «Postcoloniality and the boundaries of identity», *Callaloo*, 16:4, pp. 750-771.

Rivero, Eliana S. 1990. «(Re)Writing sugarcane memories: Cuban Americans and Literature», en F. Alegría / J. Ruffinelli, eds., *Paradise lost or gained? The Literature of Hispanic Exile*. Houston, Arte Público Press, pp. 164-82.

Rivero Collado, Andrés. 1964. *Rojo y negro: cuentos sobre la tragedia cubana*. Orangeburg, Publicaciones Cruzada.

Rodríguez-Luis, Julio. 1993. «Sobre la literatura hispánica en los Estados Unidos», *Casa de las Américas*, 193 (octubre-diciembre 1993), pp. 37-48.

Rojas, Rafeal. 1998. «Pasado binario», en R. Rojas, *El arte de la espera. Notas al margen de la política cubana*. Madrid, Colibrí, pp. 39-41.

Rosado, Olga. 1977. *Sentado sobre una maleta*. Miami, Universal.

Scheines, Graciela. 1993. «La última generación del ochenta. La peculiaridad del fracaso en la novela argentina actual», en R. Spiller, ed., *La novela argentina de los años 80*, Frankfurt, Vervuert, pp. 271-282.

Serrano, Pío E. 1981. *Cuaderno de viaje*. Madrid, Playor.

Torres, Omar. 1991. *Fallen angels sing*. Houston, Arte Público Press.

Vera-León, Antonio. 1996. «Escrituras bilingües y sujetos biculturales: Samuel Beckett en La Habana», *Apuntes postmodernos / Postmodern Notes*, 6:2 - 7:1 (Spring - Fall 1996), pp. 88-95.